

TEMA XI. FRIEDRICH NIETZSCHE:

La crítica del racionalismo en nombre de los instintos vitales

Nietzsche (1844-1900), nacido en la Sajonia prusiana, quedó huérfano de padre cuando era niño y se crió en un ambiente femenino con su madre, su hermana y sus tías. Estudió en la Universidad de Bonn y Leipzig, y fue nombrado profesor de filología en la Universidad de Basilea, siendo todavía muy joven. Sin embargo, pronto tuvo que dejar el cargo a causa de una enfermedad y vivió de una modesta pensión entre la costa mediterránea de Génova y la montaña de Suiza. Internado por un ataque de locura a los 45 años, pasó los últimos años de su vida recogido por su familia. Fue un hombre enfermo de salud débil, y en forma algo paradójica exaltó hasta la exageración los valores vitales, tal vez porque le faltaban. Mientras estuvo lúcido sus libros apenas fueron apreciados por los estudiosos. Pero más tarde su filosofía alcanzó una enorme repercusión. Junto con Marx y Freud, entra en la categoría de ‘filósofos de la sospecha’ –expresión de Paul Ricoeur-; es decir, aquellos filósofos que han desvelado las ilusiones de la conciencia, de tipo religioso o filosófico, mostrando que detrás de la conducta humana hay otro tipo de motivaciones, -económicas según Marx, instintivas según Freud, vitales según Nietzsche-; y esos motivos son muchas veces ignorados, por ser inaceptables desde el punto de vista del discurso colectivo. Por tanto, se proclaman ideológicamente los valores espirituales, pero la práctica humana se dirige a satisfacer otros valores y otros deseos.

La crítica de la tradición filosófica

El idealismo filosófico de Hegel fue dominante en la cultura alemana universitaria durante la primera mitad del s.XIX; el racionalismo que propugnaba extendió su influencia tanto en la investigación científica como en la organización social, y el método holista en la ciencia sirvió para alcanzar nuevos descubrimientos en biología y sociología. Pero la contestación y la crítica no se hicieron esperar en el terreno intelectual, así como desde las mismas esferas del poder, pues sus ideas racionalistas se consideraban subversivas del orden social. La crítica filosófica derivó hacia el irracionalismo; y un conjunto de pensadores señalaron la irreductibilidad de la singularidad humana respecto de la vida social colectiva. Por ejemplo, Kierkegaard se apoyó en la teología protestante, que concibe la relación especial y directa entre el alma singular y dios, para negar el proceso colectivo y la integración personal en éste. Consideraba que el idealismo eliminaba la personalidad individual absorbida por el Absoluto.

Entre esos contradictores del idealismo, Nietzsche se opuso a la razón ilustrada, porque pensaba que los motivos básicos de la acción humana radican en los impulsos instintivos de la personalidad, y no en las ideas que asumimos conscientemente. Influida por el positivismo científico, desestimó el papel de la conciencia en el comportamiento humano, a la hora de establecer finalidades subjetivas a la acción humana. De ese modo, al subrayar la importancia de las conductas espontáneas en el ser humano, derivadas de los instintos y el pensamiento inconsciente, también destacó la vitalidad como el fenómeno esencial de la realidad y por eso su filosofía pertenece a la corriente del *vitalismo*. Por eso, si bien su modo de pensar le llevó hasta la locura,

Nietzsche ha subrayado críticamente un aspecto importante de la civilización moderna: su falta de amor por la vida en la Tierra, la explotación de los procesos vitales por una cultura decadente, que hoy en día se nos muestra como destrucción de los ecosistemas e ingente extinción masiva de especies vivas.

Esa perspectiva hace que Nietzsche ocupe un lugar muy original en la historia de la filosofía, y en cierto modo es un precursor del psicoanálisis de Freud y Adler, quienes mostraron cómo los deseos instintivos e inconscientes determinan el psiquismo humano, incluso en las personas más civilizadas. Pero Nietzsche no era un científico, sino un filósofo que se preocupó de desarrollar aquellos aspectos de su descubrimiento que tenían implicaciones para la *teoría de los valores*. Su programa filosófico le llevó a exaltar los *valores vitales*, como única realización con sentido para un ser vivo como el ser humano. A consecuencia de esa preferencia por la vitalidad nace su crítica de la tradición filosófica europea, que había establecido la superioridad a los valores espirituales, religiosos y morales, sobre todos los demás; ahora estos valores son considerados como ilusiones de la conciencia por Nietzsche, quien consideró que su filosofía consistía esencialmente en una completa *transvaloración* de los valores.

La vida es la realidad radical del universo, -al menos desde el punto de vista en el que nos encontramos los seres humanos-, y por tanto los fenómenos vitales condicionan completamente la existencia humana. La cultura y la conciencia son fenómenos secundarios, que encuentran su verdad en los fenómenos vitales subyacentes. Al establecer que la constitución orgánica de los hombres es la clave explicativa de su comportamiento y de sus ideas, Nietzsche pensaba que toda filosofía y toda religión falsifican la realidad cuando no reconocen la máxima importancia de la vida corporal; pero ¿cuál es el objetivo de esa mentira que consiste en afirmar el mundo ideal del espíritu o la existencia divina en el '*más allá*'? El hombre religioso o el filósofo moralista son personajes con una constitución débil y enfermiza, que no puede sobrevivir más que anulando la importancia de los elementos vitales del organismo, la fortaleza y la salud.

La vida es trágica, contiene el dolor y su superación mediante la dignidad ante el dolor; es problemática y sólo a medias puede ser comprendida por la inteligencia humana: *amamos la vida no porque nos guste, sino porque estamos acostumbrados a amar*. La vida es agónica, una realidad que lucha con circunstancias adversas a las que debe vencer para mantenerse en la existencia. Podemos considerar esas circunstancias adversas como la ley de la entropía que encamina el universo hacia el desorden y la muerte. Por tanto la vida está sometida al azar que domina los fenómenos físicos; pero es también una fuerza o voluntad capaz de superar el caótico devenir del mundo material, para producir organismos en los que se manifiesta la armonía de un orden complejo. La vida es una fuerza constructora, manifestación de una creatividad infinita; una fuente creadora e inagotable de formas y estructuras orgánicas, que se despliegan en el planeta Tierra con toda su maravillosa profusión; nada más que esa belleza de los seres vivos puede contentar al espíritu humano y no hay más deber humano que atarse a la vida enraizándose en la Tierra, sin ambicionar otros mundos ajenos.

Pero su irracionalismo es también una desvalorización del fenómeno humano en nombre de la vida. La humanidad es un error, con una vitalidad disminuida y decadente, una especie parásita que tiene que desaparecer para dar lugar a otra especie distinta, mejor constituida vitalmente, que él llama el '*superhombre*'. Para Nietzsche, la cultura es el subterfugio de un organismo con una vitalidad disminuida, el ser humano que quiere seguir viviendo a pesar de su decadencia vital.

La crítica de la civilización europea

Los ideales constituyen el núcleo de la razón humana, pues en ellos están contenidos los criterios para evaluar la realidad. Al negar el valor de los ideales racionales y al rechazar el compromiso con los valores espirituales, Nietzsche lanzaba un ataque a la razón. Esa oposición a la razón en nombre de la vida, conlleva el rechazo a la cultura europea moderna; la falta de vitalidad de la civilización occidental es un profundo defecto, un rasgo constitutivo de sus fundamentos espirituales y cognoscitivos, basados en la metafísica griega y la teología cristiana. De ese modo, su reflexión se embarca en una crítica sin concesiones contra los conceptos predominantes en la tradición filosófica, preconizando la superación del cristianismo y del pensamiento racional como responsables de la supervivencia de la civilización en decadencia y falta de vitalidad. El cristianismo difama el cuerpo y niega los valores vitales, en nombre del reino celestial en el más allá.

De alguna manera Nietzsche adopta una actitud tan radical como consecuencia del desarrollo del pensamiento europeo, de los avances científicos y la crítica a la metafísica de los ilustrados. La razón sólo puede ser crítica, nos dice Kant, consiste en determinar una serie de objetivos ideales y evaluar la realidad humana sobre ese fundamento universal. Pero Nietzsche no comparte esa interpretación de la razón crítica, pues el sujeto no puede situarse nunca en el punto de vista de lo universal sin renunciar a sí mismo, y esa renuncia a uno mismo es un rechazo de la vida y la realidad concreta en la que el ser humano se mueve. La razón no es válida como expediente para justificar la vida moral de la personalidad humana, pues por detrás de sus ideas están, más o menos disfrazados, los intereses particulares de la vida de los individuos y las capas sociales que formulan esas ideas. Hablar desde la universalidad es una *máscara* del metafísico para confundir al otro e imponer sus propios intereses. Por el contrario, hay que prescindir de la razón como sujeto de la realidad, para entenderla como un instrumento de las fuerzas vitales. Como dice Hume: *la razón es sierva de las pasiones*.

Nietzsche describe las representaciones mentales de los seres humanos, las imágenes y las fantasías, los símbolos y las palabras, las ideas y los conceptos, como si fueran máscaras de los dinamismos vitales que constituyen su organismo. Por detrás de las decisiones conscientes de los sujetos humanos actúan las fuerzas orgánicas, que se expresan en deseos y voliciones, más o menos disfrazadas de ideas y pensamientos racionales. Esa motivación básica en los seres orgánicos es lo que Nietzsche llama la *voluntad de poder*. El conocimiento no es más que un mecanismo por el cual se desarrolla la vida humana, un instrumento para la expansión de la vitalidad a través del dominio del medio ambiente. La verdad de las ideas descansa en las fuerzas del organismo, que utiliza todos los recursos por conservar y ampliar su vitalidad. Por eso, la verdad de las ideas es relativa y depende de su utilidad para servir a la *voluntad de poder* del organismo vivo, a su sobrevivencia y expansión. Claro que ese sobrevivir de la vida depende de la coherencia entre los elementos funcionales que constituyen las estructuras orgánicas en sus diferentes niveles: células, organismos y ecosistemas. Pero Nietzsche ha soslayado esas cuestiones fundamentales en el desarrollo de los organismos vitales, pues ha comprendido la vida desde una perspectiva individualista, aprovechando la teoría biológica darwinista para subrayar la lucha por la existencia como competencia entre individuos.

El diagnóstico de Nietzsche sobre la vitalidad de la cultura europea es pesimista. El cristianismo, que ha constituido durante un par de milenios el núcleo de esta cultura, es un moral para gentes débiles que no son capaces de vivir con plenitud y se refugian en ilusiones melancólicas sobre un mundo espiritual. Pero los europeos no pueden prescindir de esa religión, pues no tienen otro horizonte de valores para sustituirla. El

nihilismo, la ausencia de valores, es el destino de la cultura europea; pues ese nihilismo está implícito en la negación de la vida contenida en la religión cristiana. Nietzsche presiente esa ausencia de valores como la premonición de hechos terribles y sucesos calamitosos provocados por los europeos. Por eso en su libro *Así habló Zaratustra*, el profeta vaticina las bombas que arrasarán las ciudades –y no habría de pasar mucho más de medio siglo para que esa profecía se cumpliera-.

El arte es la verdad de la vida

Todas las verdades son ficciones, más o menos útiles para el organismo humano en su voluntad de dominio sobre la realidad en la que vive. Ese análisis es materialista: la realidad consiste en el mundo sensible que conocemos a través de los sentidos; y no hay más realidad que ésta. Por tanto, no hay diferencia entre la apariencia sensible y la esencia inteligible, entendida ésta como una supuesta entidad fundamental que sustenta esa apariencia; no existe ninguna esencia ideal o espiritual que se corresponda con nuestras ideas o palabras. Desde un punto de vista nominalista radical, Nietzsche afirma que *toda palabra es un prejuicio*; es decir, nuestro lenguaje arroja sobre las cosas las formas con las que pretendemos modificar su realidad; el mundo se constituye de ese modo según las intenciones del que habla. Entonces, ¿cómo podemos expresar una verdad sobre el mundo? La verdad no es más que el símbolo de las fuerzas vitales, que se expresa en el arte como creación de belleza. Frente al azar de la entropía la vida busca crear un orden armonioso, que garantice su sobrevivencia. Una característica de la civilización decadente occidental es la producción de una enorme entropía que amenaza la vida total del planeta Tierra.

En *El origen de la tragedia*, un libro de su primera época cuando era profesor en Basilea, Nietzsche explica que hay dos tendencias fundamentales en el arte, que se expresan claramente en la cultura clásica griega: lo apolíneo y lo dionisiaco. Dionisos, el dios griego del instinto y la pasión, el frenesí, la embriaguez y la orgía; según la representación simbólica del flujo vital en la figura de Dionisos, la vida aparece como fenómeno inexplicable y peligroso. El culto religioso de ese dios afirma la unidad con la vida, al tiempo que contiene ritos donde la persona adquiere una experiencia alucinatoria mediante drogas proveniente del cornezuelo del centeno; las barreras establecidas por el principio de individuación tienden a derrumbarse. Artes dionisiacas son la música, la danza y la tragedia, en las que el cuerpo participa con su movimiento, para alcanzar la belleza en la acción.

Por el contrario, Apolo es el dios del sol y la luz, de la medida y el límite, símbolo de la razón; la actitud apolínea, que expresa el principio de individuación; se representa en las artes plásticas donde interviene la vista en la contemplación de la belleza. En toda cultura plena necesitan coexistir ambas tendencias artísticas: una, dionisiaca, afirmando la vida a pesar de todo su horror e injusticia; la otra, apolínea, cubriendo la realidad con un velo estético, creando un mundo ideal de formas bellas.

La voluntad de poder

La vida es *voluntad de poder*, autoafirmación de un organismo que quiere mantenerse en el difícil equilibrio de su existencia, pues la vida es una forma de ser en permanente lucha con circunstancias adversas a las que necesita vencer. La vida es problemática y trágica, pero se afirma constantemente a sí misma en su agonía como valor supremo de la existencia. Se crea así un sujeto más sustancial que el mundo espiritual formado por la cultura; no es el espíritu -el mundo del pensamiento humano y sus realizaciones

materiales-, la realidad activa que determina la evolución y los acontecimientos significativos del mundo sensible, sino la autoafirmación de la vitalidad en la lucha de los organismos vivos por seguir viviendo. El factor esencial de la vida es la tremenda capacidad para crear y construir formas, un poder que usa y explota el medio en el que se desarrolla. La afirmación de la vida es *voluntad de poder*, y por todas partes aparece la acción de la voluntad de poder, oculta bajo mil disfraces.

El placer y el dolor resultan expresiones de un aumento o disminución de la voluntad de poder; siendo el placer el objetivo de la acción vital, no obstante, el dolor juega un papel importante, es un acicate para excitar el deseo de lucha y de victoria en los individuos. El dolor es un estímulo para el esfuerzo, que acabará proporcionando un placer todavía mayor. Nietzsche estima la ética materialista de Epicuro; no obstante, no comparte su huida del dolor. Hay que entregarse a la vida con todas las consecuencias, en la convicción de que *'el placer es más grande que el dolor'*, como afirma la *Canción del baile*. En esa convicción estriba una naturaleza vital fuerte. La vida en ascenso da origen a los hombres fuertes, de carácter señorial, que detentan el poder. En cambio, cuando la vida se debilita, aparecen seres serviles, sometidos por naturaleza. Aparecen así dos morales diferentes y antagónicas: el hombre fuerte, egoísta, dominador y vitalista, posee la moral de los señores, que se funda en la distinción y la clase; el hombre débil, compasivo y piadoso, practica una moral de los siervos, que se basa en la universalidad y la solidaridad. La moral de los siervos sirve para sobrevivir, cuando la vida decae; los siervos son gregarios, su moral es la del rebaño; el sentimiento distintivo de la servidumbre es el resentimiento. Y el cristianismo es la moral más característica de los débiles: la moral del rebaño, que busca el poder mediante la fuerza del número.

La genealogía de la moral.

En su evolución Nietzsche atraviesa una fase positivista donde muestra sus inclinaciones por el conocimiento científico y comienza una investigación acerca del origen de la moral, que se completará en la tercera etapa de su evolución personal, después de haber abandonado la universidad por problemas de salud. Es al superar esa etapa positivista, cuando escribe sus obras más conocidas e influyentes: *Más allá del bien y del mal*, *La genealogía de la moral*, *Así habló Zarathustra*. La tesis fundamental de la primera, es que hay dos formas diferentes de moral, la moral de los señores y la moral de los esclavos. Los señores son tipos con personalidades fuertes, y su moralidad se funda en el individualismo egoísta, pues representa una vitalidad ascendente que tiende a dominar las circunstancias en las que se desarrolla. En cambio, los esclavos son débiles y tienen una moral gregaria, pues buscan hacerse fuertes agrupándose en la masa gracias a una moralidad basada en el altruismo y la compasión; la moral es un medio de preservar la comunidad y evitar que se destruya. El modelo de una moral de esclavos es el cristianismo, que viene a ser rechazado rotundamente por el filósofo; también Nietzsche ve en Sócrates un moralista de la debilidad vital, que se apoya en las virtudes y los buenos sentimientos del deber. En cambio, una moral de los fuertes sería la que desarrollaron los sofistas en la Grecia clásica, y en cierto modo Nietzsche repite los argumentos de esos sofistas, según aparecen en los *Diálogos* de Platón.

En la segunda obra citada, Nietzsche intenta mostrar como derivan las normas morales de los instintos de conservación, y descubre la religión como una actitud que sirve para la sobrevivir, cuando los instintos vitales ya están debilitados. Mientras que el tipo superior de hombre crea sus propios valores, apoyándose en la abundancia de fuerza y vitalidad, el hombre decadente se apoya en la religión para sobrevivir cuando sus fuerzas no le ayudan; se trata de la *rebelión de los esclavos en la moral*. El

resentimiento contra los fuertes es la pasión fundamental de los hombres débiles, que son así reactivos y nunca personalidades activas y creadoras.

La *genealogía* es un método de investigación, que busca descubrir el devenir de los instintos y las ideas, descifrando la complejidad de la existencia humana a la vez individual y social, sobre la base de la vitalidad orgánica en el marco de la evolución cultural. Utiliza la etimología de las palabras para interpretar las actitudes morales de las diferentes clases sociales, y tras esas actitudes morales cree descubrir la vitalidad que las anima. La promoción de los valores morales exige apostar por la moral de los señores, frente a la debilidad vital de los subalternos.

La muerte de Dios

La crítica de la moral tiene su complemento en la crítica de la razón, en cuanto expresión metafísica de los ideales universales, y conduce a la negación de Dios, que había sido postulado por Kant como garantía fundamental de la realidad del mundo de los ideales y la reconciliación final del ser humano consigo mismo. La defensa de la vida exige asumir la problematicidad de la existencia humana, sin concesiones a las ilusiones de la conciencia. Nietzsche expresa esa crítica hablando de la muerte de Dios o con la frase *Dios ha muerto*, quiere indicar que la conciencia no tiene importancia real en la vida humana, cuyo objetivo es alcanzar el máximo de placer, incluso aunque ello signifique aceptar el dolor. La muerte de Dios es la expresión simbólica del final de la metafísica, en cuanto formulación de los ideales y ciencia de las ciencias, con sus pretensiones de alcanzar la verdad mediante la especulación; también es el final de la teología dogmática que pretende conocer la verdad mediante una supuesta revelación divina y cuyo objetivo verdadero es la creación del rebaño humano. La razón es una capacidad crítica, que destruye ilusiones de la conciencia para liberar las pasiones del ser humano; la razón no debe construir, sino reconocer los obstáculos. Eso quiere decir Nietzsche con la expresión: *filosofar con el martillo, para auscultar los ídolos*.

El concepto de Dios trascendente, padre celestial, es la mayor objeción que existe contra los instintos vitales y la imagen de Dios es hostil a la vida. La fe en Dios es síntoma de una vitalidad débil, que necesita reforzarse mediante la creencia en el más allá. El cristianismo especialmente es una religión que hace a los individuos humildes y sumisos, tortura su conciencia y les hace incapaces de desarrollarse libremente. Pero también la democracia y el socialismo, las versiones secularizadas de la religión cristiana, son un intento vano de liberar la conciencia del ser humano, pues no hay una salvación racional para el ser humano. La redención consiste en vivir plenamente la vida en la Tierra sin esperar nada del más allá. Hay que ir hasta un nivel más radical que la conciencia en la transformación de la cultura occidental.

El problema es que la civilización occidental se ha creado y desarrollado sobre los valores cristianos y que por tanto no puede prescindir de ellos. En el momento en que eso suceda y el cristianismo deje de ser la matriz cultural de los europeos, la civilización se descompondrá, hundiéndose en el *nihilismo*. El nihilismo es un escepticismo radical hacia los valores, cuando ningún valor que tenga ya significado para los hombres. La vida es un sinsentido; la muerte de Dios abre el camino para la creación de nuevos valores, pero entretanto la destrucción de los antiguos supone situaciones de extremo peligro para la humanidad.

El superhombre

Esa radicalidad se construye mediante la *transvaloración* de los valores, un cambio total en los criterios con que evaluamos la vida y la realidad, donde los valores vitales, salud y fortaleza, se entiendan como el objetivo fundamental para alcanzar. Los valores antiguos eran gregarios, estaban creados colectivamente por el pueblo; el nuevo creador de valores es el individuo solitario. El ser capaz de realizar esa transvaloración y vivir conforme a ella, será el *superhombre*, que traerá una nueva explosión de vitalidad a la Tierra como resultado de la evolución humana. En lugar del amor celestial, se afirmará el amor a la Tierra, *Gaya*; en el lugar del mundo espiritual como valor supremo de la existencia humana, como vida futura en el más allá, el superhombre situará el más acá de la terrenalidad, el placer y el gozo de las cosas sensibles.

El destino de la humanidad es dar origen al superhombre, y entre los precursores del superhombre destaca el genio artístico, capaz de expresar en la belleza de su obra la vitalidad creadora y afirmar el valor de la Tierra. Si bien no hay rasgos que puedan definir al superhombre, a través de Zarathustra, el eremita que vive en la soledad salvaje de la montaña, Nietzsche explica el camino que lleva hacia él a través de la parábola de las tres metamorfosis del espíritu: camello, león y niño. Primero, el espíritu es un camello que va cargado con sus deberes, y con su carga huye al desierto; allí se transforma en un león para conquistar y defender su territorio; finalmente se transforma en un niño que lleva su vida como un juego; es decir, aquel ser cuyas acciones no persiguen finalidad alguna, se realizan sólo por el gusto de actuar –acciones *autotélicas* les llama Aristóteles-.

El eterno retorno

Una transformación de los valores como la que se propone, exige también una diferente visión del tiempo. Frente al tiempo lineal del cristianismo, que comienza con la creación del mundo por Dios y termina con la venida del Reino de Dios, Nietzsche propone el tiempo antiguo de los mitos, el eterno retorno de lo idéntico. Todo lo que ha sucedido alguna vez tiene que volver a suceder y repetirse eternamente, en un universo infinito con un tiempo eterno que siempre vuelve a recomenzar. La mayor prueba de vitalidad es querer que vuelva a repetirse una y otra vez todo lo que se ha vivido. Podemos, pues, hablar de un imperativo categórico de Nietzsche: actúa como si tu acción tuviera que repetirse por toda la eternidad. La afirmación de la vida con toda su problematicidad, exige la aceptación del eterno retorno, pues *todo placer quiere eternidad*.

De ese modo, se proclama la abolición de otra idea querida de la civilización occidental: el Progreso. Esa idea que es la justificación del colonialismo y el imperialismo, pues afirma la superioridad de la civilización industrial como estadio más desarrollado de la humanidad. Sin embargo, Nietzsche ha descubierto la decadencia vital por debajo de las máscaras bondadosas y la superioridad intelectual de ciencia civilizada, y no considera que la humanidad esté progresando hacia lo mejor.

Una valoración de la filosofía de Nietzsche

Las ideas de Nietzsche han tenido una enorme difusión en el siglo XX y están en el origen de algunas corrientes actuales llamadas ‘posmodernas’: la ‘filosofía de la sospecha’ y el ‘pensamiento débil’. El aspecto de su filosofía que merece ser recogido es su afirmación de los valores vitales, que supone una crítica del capitalismo, en cuanto que éste desarrolla sobre todo valores monetarios a través del mercado como institución fundamental, generando procesos entrópicos que amenazan la vida terrestre en gran

escala –la ingente extinción de especies vivas en nuestro tiempo, sería una consecuencia de la falta de vitalidad de la civilización industrial-. Pero su interpretación de los valores vitales puede ser confundida con el dominio de una casta de guerreros que promuevan la exaltación de la guerra y la violencia, como hicieron los nacionalsocialistas alemanes en los años 30 del siglo XX. Algunos pasajes ambiguos de Nietzsche promueven esa interpretación; además la desvalorización de la razón es un camino peligroso que, como él mismo vio, conduce al nihilismo. Pero la intuición fundamental de su pensamiento, la importancia de la vitalidad, apunta a algunos fenómenos importantes de nuestra época, como la destrucción de la vida y el medio ambiente. Por otra parte, su idea de la importancia de los instintos pudo ser reinterpretada por Freud en su teoría del inconsciente.

Finalmente, hoy en día la biología descubre en la vida la importancia del ecosistema y de las relaciones sistemáticas entre todas las especies. El individuo aislado en lucha contra todos es un sofisma inútil, que se acaba convirtiendo en un parásito social. La defensa de los valores vitales en nuestros días, pasa por el concepto de ecosistema, como conjunto de relaciones sistémicas entre los seres vivos dentro de un medio ambiente físico.